

que la relacion, siquiera pálida, como he podido formarla, de sus grandes hechos representando, aunque indignamente el primer establecimiento científico de la república? ¿Qué gloria mas resplandeciente que la que le circunda, rodeado de sabios, y objeto de la admiracion de estos, por sus notables obras? Cuando Humboldt muere; cuando se apagó aquella inteligencia para la cual puede decirse que la naturaleza no tuvo secretos; cuando se cerraron aquellos ojos que presenciaron tantas maravillas; cuando el mundo científico se arrodilló delante de aquella tumba; cuando mi patria, la nacion que abre los brazos á todo lo que es grande, llegó, no la última, con su pabellon tricolor chorreando la sangre de la guerra civil, á llorar sobre los restos de su hijo benemérito; cuando se decretan, en honor de este, en todas partes, estatuas y monumentos, ya las ciencias modernas habian sentido el impulso poderoso que las hizo adelantar tanto, y el carácter filosófico que en ellas domina. La ciencia moderna no ha tenido que ir á derramar lágrimas sobre aquel sepulcro, sino á recoger los últimos trabajos del grande hombre, trabajos que sirven, no solo para coronar el actual período científico, sino para dar principio á uno nuevo que será seguramente el de las ciencias comparadas. Sobre su tumba ha dejado Humboldt para ese período, datos relativos á la geografía de las plantas, á la influencia recíproca de las costas y de los continentes, á la zoología y geología comparadas, á la hidrografía terrestre y marítima.

Para el hombre que simboliza, como Humboldt, la inteligencia de su época, para el sabio que domina los ramos todos del saber humano, para el pensador enérgico que les imprime su carácter filosófico y profundo, para el genio que marcha á la cabeza del

movimiento de su siglo, para quien se corona, como él, con una obra como el *Cosmos*, y todavía al encerrarse en la tumba reina despues de muerto, y deja trazada, en parte, por decirlo así, la órbita en que seguirá moviéndose, por algun tiempo, el genio humano; para perpetuar la memoria de este hombre singular, el mármol y el bronce de que se hicieran sus monumentos se verian pobres como el barro al lado de la gloria á que se dedican: no, la estatua digna de Humboldt la forman las ciencias todas unidas y elevadas hasta la altura á que las llevó su genio: la admiracion de la generacion presente y de las venideras, ese es el pedestal.

DICE.

NUMERO 5.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. D. IGNACIO RAMIREZ, MAGISTRADO DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA Y SOCIO DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA, EN LA SOLEMNIDAD DEL 14 DE SETIEMBRE DE 1869.

SEÑORES:

En la fiesta secular que hoy se inaugura, manifestaré, en pocas palabras, lo que se me alcanza acerca de la influencia que la geografía de la nacion mexicana reconoce á los inmortales trabajos de Humboldt. La Sociedad, que con ese objeto me ha concedido el alto honor de ocupar esta tribuna, no me ha escogido, en verdad, como el mas digno intérprete de su sabiduría, sino ántes bien, segun comprendo, desea contemplar vivamente reflejado su entusiasmo por los hombres ménos favorecidos por la ciencia; yo no vengo, pues, á tomar la medida de la gloria, sino á ofrecerle incienso.

¿Qué clase de revelaciones sobre la Nue-

va-España escuchaba de la geografía el impaciente siglo XVIII? Fué Hernando Cortés el primero que en sus cartas á Carlos V, y no desconociendo los planos aztecas, ensayó describir la tierra que empapada en sangre abandonaba sin piedad al incendio; marcó indeleblemente con su espada ciudades, montes y ríos; y turbó las aguas del Pacífico; y, con la balanza del botin, valorizó y distribuyó el oro, la plata, las piedras preciosas, las riquezas fabulosas de las naciones conquistadas: otros soldados lo imitaron.

No tardó el clero en monopolizar esa fecunda tarea. Las necesidades de la conquista espiritual eran mas exigentes en conocimientos científicos que la aventurera codicia de los guerreros; se aprendieron los idiomas para imponer dogmas, leyes y costumbres á los vencidos; se estudió la religion nacional para traducirla al cristianismo; se adoptaron las plantas medicinales y las alimenticias que suplían la escasez en los envíos de Europa; agotados los metales preciosos en las arcas públicas y particulares de los aztecas, se buscaron en las minas; se trazaron caminos y se levantaron fortalezas; y el imperio de Moctezuma apareció distribuido en colonias militares y eclesiásticas.

Una tercera entidad, la autoridad civil, por medio de los ayuntamientos, de los tribunales y de las oficinas de hacienda, se sobrepone, se dilata, y por el camino de sus exigencias dirige con mayor acierto sus estudios geográficos y estadísticos.

Otras personas, otras corporaciones, entretanto, no con la independencia de la sabiduría, sino obsequiando los deseos de la autoridad, no han cesado de contribuir con sus luces á la perfeccion científica de que el sistema colonial fué susceptible; así figuran los marineros, los arquitectos, los ingenieros de minas y los médicos: en muy pocos de ellos

se descubre, fuera de la práctica de una profesion, el noble arrojo de ensancharle sus horizontes para dominarlos en alas de la fama. Algunas corporaciones, en informes bien meditados, no cuidaban sino de salvar sus intereses amenazados por las garras del fisco.

Existieron, no hay que desconocerlo, algunas obras inspiradas por el noble y puro amor á la ciencia; pero ellas no eran sino la recopilacion de los trabajos indicados; representaban las maravillas de la naturaleza y los fenómenos sociales, como habian sido vistos por el conquistador, por el misionero, por el alcalde, por el minero, por el comerciante y por el piloto. Alcedo es bastante para atestiguarlo; á fines del siglo pasado publicó su Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales. En ese monumento respetable no llegan á 150 los lugares inscritos con su longitud y latitud; apenas llenarán ese número las plantas descritas conforme al sistema de Lineo, comprendiendo entre ellas las sustancias vegetales que se han popularizado en el comercio; se contienen relaciones de los emperadores aztecas, de los vireyes y de los obispos y arzobispos; se aventura el número de indios, españoles y razas cruzadas; se habla por mayor de vegetales, animales, montes y ríos; y el autor es sóbrio en la narracion de leyendas y milagros.

La obra de Alcedo no es la enciclopedia de América en el siglo pasado, pero contiene la mitad de los conocimientos españoles sobre el Nuevo Mundo. Así en las colonias como en Europa, genios privilegiados se empeñaban en aplicar algunos de los principios que nacian á un país donde la inquisicion y el despotismo dominaban; en las colonias el temor se oponía á las mas inocentes tentativas; en Europa las hipótesis se extraviaban por faltarles la luz de la experiencia. El continente que lleva tres siglos de haber sido des-

cubierto por Colon; el continente repoblado por europeos; el continente distribuido por el Papa y explicado y cantado por los sabios y por los poetas, tenia, al mismo tiempo, todos los caracteres de la realidad y del misterio. ¿Quién podia negar su existencia? Pero vagaba sobre los mares entre diversos meridianos; pero inspiraba leyendas absurdas que trastornaban todas las ciencias; pero no ofrecia un porvenir sino á los corsarios y á los sacerdotes, contrabandistas de los bienes materiales y de las ideas; pero mientras la libertad algun dia le entregase á la ciencia y al comercio, la Europa necesitaba completar su regenerador sistema del mundo. Entonces fué cuando Humboldt osó presentarse sobre estos valles, entre estas montañas, en nombre del progreso, para alcanzar la gloria de decir el primero: *esta es la América.*

Humboldt ha tenido imitadores, pero no modelos. El padre de la historia antigua, ántes de conducir en los juegos olímpicos la grandeza y hermosura de las naciones asiáticas y africanas para humillarlas á los piés de la Grecia, habia bebido, es verdad, las aguas del Eurotas y del Nilo, pintaba admirablemente lo que habia contemplado; pero no reproducia los siglos remotos sino en las monstruosas leyendas que le confiaron los sacerdotes egipcios en los templos de Tébas y de Méfnis. Tácito discutia; pero le faltaba un terreno variado y los ojos admirables de las ciencias modernas. Otros recientemente ensayaban viajes instructivos; pero el nuevo mundo les cerraba las puertas. Hubo en la antigüedad un Quezalcohuatl que reveló á los tultecas las artes y la astronomía; pero si esa leyenda de una época puede encarnarse en un extranjero para darle un nombre, ella no nos conserva sino la superioridad de su civilizaci6n, y de nin-

gun modo una mision especial de regeneracion y de enseñanza. La magestad de Humboldt representa simultáneamente una persona y un siglo.

¡El siglo! El dogma y la teoría engendran la primera civilizaci6n de los pueblos; por eso esa prole divina tiende á perderse entre las nubes, se envuelve con el manto del iris y rivaliza en sus cantares con las musas. El siglo XVIII tuvo la audacia de desposarse con otra sabiduría sin alas, sin lira y sin velo; ¡la madre que destinó á la revoluci6n y al progreso se llama modestamente la experiéncia! El observador volvió á la alquimia, á la nigromancia de la edad media, pero declaró inútil al diablo. Confiando sus audaces tentativas en solo sus sentidos, se consagró á perfeccionarlos. Aceptó los instrumentos felices que otros siglos habian inventado, y discurrió nuevos y numerosos mecanismos. La brújula, que le enseñaba el rumbo en la navegaci6n, le conduce con sus inclinaciones y declinaciones hasta la fuente de esas cascadas de colores que inagotables se desprenden de los polos. El ámbar, jugando con los átomos que se le acercan, le revela que el rayo es vulnerable. La luz abandona su guirnalda á las audaces persecuciones del prisma. El mercurio refleja los caprichos del calorico; y buscando la guarida de las tempestades, descubre las mareas atmosféricas rivalizando eternamente con las del Oceano. Uno de los sentidos del hombre alcanza á perfeccionarse; con el microscopio goza de lo infinito en lo pequeño; con el telescopio se levanta hasta los astros. ¡Así la humanidad se trasforma!

Nuevos conocimientos, inesperadas invenciones, improvisadas necesidades, agitan á la sociedad como al individuo. La formaci6n del mundo entre los desiertos asiáticos y africanos se concibe consumada en seis dias.

Pero el mundo de Colon, Magallanes y La Pérouse; el mundo anterior de los elefantes, rinocerontes y panteras; el mundo mas remoto de los cocodrilos y de las tortugas; el mundo de los helechos gigantes á cuya sombra dejaron sus primeras huellas las aves, y el mundo de los pólipos primitivos; esta sola epidérmis de la corteza que nos encubre una esfera comparada vulgarmente á una naranja; esta leve película que es lo único estudiado y conocido por los sabios, ha necesitado millares de siglos y centenares de épocas para alcanzar las formas que cautivan nuestra sorpresa. De aquí nacieron dos ciencias; la que reanima los fósiles de plantas y animales perdidos, y la que conserva la dinastía de los cataclismos que precedieron á los últimos diluvios.

Presto la electricidad se ofrece á conducir en un relámpago domesticado la palabra y el pensamiento de los hombres; la luz rivaliza con los Rafeles y Ticianos; el vapor agita sus alas, y el hombre emancipado no reserva la esclavitud sino para las fuerzas de la naturaleza bruta. La sociedad al mismo tiempo por medio de la economía política somete al cálculo los gastos y los productos de sus mas respetables instituciones.

Para la Europa así civilizada era una mengua no conocer sino por las indiscreciones del contrabando las maravillas de un vasto continente. El progreso necesitaba un Colon, y ese fué Humboldt.

El ilustre prusiano, jóven, robusto, audaz, habia sido el constante compañero de aquellos descubridores que en el siglo pasado enriquecieron á la humanidad con tantos tesoros de ciencia, y presentia que el destino lo reservaba para ser uno de los astros que alumbraran hasta donde alcance la gloria del siglo XIX. El conquistador, el misionero de la filosofía no trajo á la América

mas que una preocupaci6n: observar á la naturaleza.

Sorprendió las corrientes y tempestades en nuestros mares, y les confió para el porvenir la conducci6n de los buques; desde las costas hasta las cumbres nevadas distribuyó las plantas por zonas; describió la regi6n de las nubes perpetuas, á donde no llegan las fiebres ni los monstruos de los valles inferiores, y donde anidan las aves, las mariposas, las flores, los perfumes, los deseos voluptuosos y las sonrisas de la hermosura; y encumbrándose mas, descubrió extasiado la imágen de la antigua Europa.

México será siempre el primer teatro de su fama; no podia ofrecerle el Nuevo Continente otra igual en clase de magnífica escena. Entre millares de cadáveres volcánicos, el Jorullo nace, el Popocatepetl duerme, y el gigante de Colima, en las miradas de su agonía, no descubre sino la destrucci6n y el espanto. Los seres antídiluvianos entre las barrancas se asoman pidiendo su resurrecci6n á la ciencia. Los metales preciosos sonríen entre las peñas; y del mármol se desprenden impacientes las futuras estatuas de los héroes y de los dioses. Los vegetales y los animales se agrupan en torno del nuevo Adán para que les imponga el nuevo nombre con que deben salir de su forzado y oscuro paraíso. Las naciones primitivas murmuran su idioma confiando sus recuerdos al eco habitador de los antiguos monumentos. Y, lo que parece increíble, las mismas autoridades españolas ponian en manos de Humboldt todas las noticias con que debia formarse el proceso del régimen colonial.

El ejemplo, las conversaciones, los escritos del sabio pusieron de tal suerte en fermentaci6n la inteligencia del pueblo mexicano, que la impulsión regeneradora se con-

serva todavía; y desde aquella época se puede asegurar que la nación entera Humboldiza.

Las clases no favorecidas por la instrucción, que á veces pegan su imagen fotográfica sobre las curules del Congreso, se complacieron, al emanciparse, en hacerse representar por los modelos del patriotismo, por las lumbreras de la ciencia. Estas notabilidades que administraban entónces los negocios públicos, otorgaron á los libros de Humboldt un carácter verdaderamente sibilino. El oráculo habia revelado que el sistema colonial era ruinoso, que las clases privilegiadas eran incompatibles con la industria, la agricultura y el comercio, y que la libertad era la esperanza del mundo; y nuestros padres decretaron la independencia y descargaron los primeros golpes, de cuyas cicatrices no se curarán jamas los hombres de la espada y del incensario.

Los variados conocimientos de la humanidad no son sino las fases de un nuevo prisma; las ciencias y las instituciones por diversos puntos se tocan y mutuamente se completan; por eso los trabajos de Humboldt, llegados á tanta altura, no pudieron sostenerse sin ensancharles la base de la sólida geografía. No descorreré aquí los planos ni recordaré las clasificaciones, ni expondré á la admiración las vivas pinturas con que Humboldt ha enriquecido la geografía en todas sus aplicaciones; ¿ni para qué enumerar tantos escritores que de lejos le han seguido? Yo presento á esta misma Sociedad, como el mas elocuente testimonio de tan poderosa influencia: todas las opiniones, todos los intereses hace años que fraternalmente concurren aquí para coronar el edificio que Humboldt les ha trazado, levantándolo mas arriba de los cimientos; así la geografía nacional tiene un templo y un altar donde re-

cibir inspiraciones y rendir los mas puros homenajes.

Pero yo me haria cómplice de la ingratitud americana representada en el Paraguay, si descendiese de esta tribuna sin expresar un voto por que la memoria de Bonpland obtenga al fin una reparacion solemne del entusiasmo y de la munificencia de los mexicanos; el compañero de Humboldt no merece el olvido á que se le condena. Eran dos sabios los que á principios de este siglo demandaban á los astros los círculos de la esfera que debia contener los límites de la Nueva-España; los dos recorrian nuestros bosques para engalanar la ciencia; los dos, con el termómetro y el barómetro, medían las alturas y se anticipaban á los caprichos del calor y de la atmósfera; los dos contemplaron la nieve del Popocatepetl; los dos escucharon las revelaciones de los monumentos aztecas; los dos regresaron á la Europa fatigados con los tesoros de un mundo todavía medio desprendido de las tinieblas, y los dos deben ser inseparables en este apoteosis. Si la sombra de Humboldt nos contempla, la de Bonpland la acompaña.

NUMERO 6.

POESIA LEIDA EN LA SOLEMNIDAD DEL
14 DE SETIEMBRE, POR EL SR. D. SANTIAGO SIERRA.

HUMBOLDT.

¿Y me habrás de escuchar, cuando tu nombre
Es el himno infinito con que el siglo
La inmensidad de sus victorias canta?
Cuando la luz de tu saber profundo
Fecundando la humana inteligencia,
Hizo vibrar el corazón del mundo
En la gigante lira de la ciencia?

¿Y por qué no?

Sin detener su vuelo
El águila caudal, lanzar al suelo
Puede los rayos de su vista ardiente;
Puede, al cesarse el esplendor del cielo,
Iluminar las nieblas con su frente.

El universo palpó en tu cuna;
Tendiste ufano la vivaz mirada,
Y al pié de tu ambición, encadenada
Teniendo á la fortuna,
«Universo,» clamaste, «tú eres mio;
Rasga el velo fatal de tus arcanos,
Estremézcanse abismos y montañas,
Rujan los Oceanos;
Yo vengo con el hacha del progreso
El sólio á derribar de la ignorancia;
Y al tremolar mi pabellón de guerra,
¡Retiembla en torno, tierra!
¡Creación!... ¡de rodillas!»

En vano el antro del pasado cierra
Los misterios ignotos de la historia
Bajo el negro sudario del olvido;
Tú, coloso atrevido
Lo desgarras soberbio, omnipotente,
Y en tu mirada de león inquieta
Y en tu sombra esplendente,
Fulguran, encendidas en la Gloria
Las estrellas de tu alma de poeta.

Una revelación hubo en tu mente:
Iluminóla Dios con tu entusiasmo,
Y viste en el embrión de las edades
La encarnación de un porvenir inmenso;
Allí la nebulosa se mecía
Como el humo bendito del incienso
Que el caos te rendía.....
Y súbito un relámpago de sangre,
Un látigo de llamas
Sobre el profundo bátraco se cierne.....
Lluvia de fuego, y de betún y azufre,
Truenos, rayos, incendio por do quiera,
Y gigantes oleadas de humo oscuro
Girando en torno de la roja esfera.
El huracán violento
Entre rugidos brota, y va empañando
Con su ronco alentar el firmamento;
Y como el cóndor que hasta el éter sube,
Se eleva amenazante; luego cae
Cual desbordado río
Sobre la tierra en ruda catarata,
Donde su rostro de dragón retrata
El sol, dejando el horizonte umbrío.

Luego, el silencio sepulcral que anuncia
De la tormenta el ímpetu furioso,
Otra vez los clamores y el estruendo.....
Diluvia el agua en torbellino horrendo,
Y del preñado seno de las sombras
Dispáranse los rayos á millares;
Los hervorosos mares,
Leones terribles cuya piel de olas
Se arruga y pierde en la confusa bruma,
Se encrespan hasta el cielo, sacudiendo
Su melena flamígera de espuma.
Rompe del mundo el seno, la corriente
De lava, de granito incandescente;
Disformes monstruos por do quier se miran.....
Nacen las plantas, los helechos brotan
Y se pueblan los riscos empinados,
Y en los lindes al Ponto señalados
Sus furias rugen y la playa azotan.

Después, himno de paz y de ventura
Que la vida en su aurora al cielo canta,
Y al disiparse la tiniebla impura
La frente el hombre hasta el Señor levanta.
Y tu espíritu, lleno de armonías,
Flotando en esa creación suprema,
Hasta el zenit llegó de nuestros días
Como el último canto del poema.

No tan grande se alzara el de Florencia
Astrónomo sin par, cuando de hijos
Cayó del fanatismo á la violencia,
Como tú, descubriendo en lo ignorado
La infancia de los astros; de tus ojos
Nada velarse puede,
Desde el humilde líquen de la cumbre
Del Tunguraga trémulo, á la mina
Donde el escita sórdido se inclina
Del sol huyendo la serena lumbre;
La Flora universal, abriendo el seno
De rico néctar y fragancia lleno,
Con hojas de esmeralda
Y botones de rosa
Brindó á tus sienes inmortal guirnalda;
Cintilaron las lámparas del cielo
De tu imperioso acento al eco solo,
Y marcando la ley del magnetismo,
Tu estandarte clavaste sobre el polo
Que del espacio gira en el abismo.

Nada hay que al genio en su carrera asombre;
Analiza la piedra, el mar, el hombre,
La secular encina
Que sobre el bosque con desden se eleva,
Y en las letras gloriosas de su nombre
A todo un mundo su palabra lleva.

¡Oh! digno pedestal eran los Andes
Y del Tibet la vasta cordillera
Para tu audacia de Titán; subias,
Y de tu pié las huellas se estampaban
En los hielos eternos. ¿Qué sentías
En la mansion del águila altanera,
Envuelto de las nubes en el manto,
Mirando estremecerse la llanura
En horrible temblor? Y ¿qué pensabas
Cuando erguido en las cimas destacabas
Tu colosal figura
En la celeste altura?

¡Porvenir de la ciencia! El te vefía;
Y el rayo dominado,
El vapor á tu carro encadenado,
Los secretos del cielo descubiertos,
El progreso, la luz que es tu corona,
El himno son con que á su gloria augusta
Alabanzas de amor el mundo entona.

Tú, patria idolatrada, madre mía,
Amor de mis amores,
Que recuestas, radiante como el día
Tu indiana frente en tropicales flores;
Tú, en cuyos ojos de zafir se enciende
El Porvenir que tu ambicion alcanza,
Bajo el dosel de estrellas que se extiende
Cual diadema de fuego en lontananza,
Tribútale tambien, alma belleza,
Tus recuerdos de amor á su memoria,
Y dile que la fé de tu grandeza,
Nació con los laureles de tu gloria;
Que has jurado avanzar, que las naciones
Al sonoro rumor de tus cantares,
Flameando verán tus pabellones
Del templo del progreso en los altares;
Que la ciencia de hoy mas será el santuario
Que de los ódios sellará el abismo;
Todo un pueblo será su sacerdote,
Su incienso el patriotismo,
Y de noble destino en la esperanza,
El holocausto harás de tus recuerdos
Sobre el Arca sagrada de la Alianza.

¡Progreso es redencion! y ya la estrella
Que trocará tu duelo en alegrías,
En tu horizonte mágico destella
Sobre la inmensa cuna del Mesías.

México, Setiembre 14 de 1869.

SANTIAGO SIERRA.

DOCUMENTOS.

Número 1.—Decreto en que el Estado de México declaró ciudadano á Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland.

Número 2.—Extracto del expediente.

Número 3.—Decreto del Presidente Comonfort, disponiendo que en el Istmo de Tehuantepec se funden tres ciudades con los nombres de Colon, Iturbide y Humboldt.

Número 4.—Decreto del Presidente Juárez declarando benemérito de la patria al baron de Humboldt, y disponiendo que por cuenta del tesoro de la república, se le erija una estatua.

Número 5.—Autógrafo del Baron de Humboldt, remitiendo al virey las tablas geográfico-políticas.

Número 6.—Retratos del Baron de Humboldt.

Número 7.—Carta del Baron de Humboldt, dando las gracias al Presidente Santa-Anna, por haberle concedido la cruz de Guadalupe.

NUMERO 1.

Decreto en que el Estado de México declaró ciudadano á Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland.

El C. Lorenzo de Zavala, gobernador del Estado libre y soberano de México, á todos los habitantes, sabed:

Que el congreso ha decretado lo siguiente:

Número 69.—El congreso del Estado de México ha decretado lo siguiente:

“Art. 1º Se conceden á Alejandro de Humboldt, Baron de este nombre, y á Ama-

do Bonpland, cartas de ciudadanos del Estado.

Art. 2º El gobierno les extenderá las citadas cartas, y tomará las medidas necesarias para que lleguen á manos de los interesados.

Lo tendrá entendido el gobernador del Estado, haciéndolo imprimir, publicar, circular y ejecutar. Dado en la ciudad de Tlalpam, á 28 de Setiembre de 1827.—*José María Franco*, presidente.—*Epigmenio de la Piedra*, diputado secretario.—*José María Velazquez de Leon*, diputado secretario.

Por tanto, mando se observe, imprima, publique y circule á quienes toque cuidar de su ejecucion.

Dado en Tlalpam, á 29 de Setiembre de 1827.—*Lorenzo de Zavala*.—*José R. Malo*, secretario.

NUMERO 2.

Extracto del expediente.

Secretaría del H. Congreso del Estado de México.—El único expediente consta de tres fojas útiles.

Foja 1ª—Proposicion.—Pedimos que se conceda por esta H. Asamblea, carta de ciudadanía del Estado á los beneméritos de la República Mexicana, Baron de Humboldt y Mr. Bonpland.

San Agustin, Setiembre veintiuno de mil ochocientos veintisiete.—*Piedra*, (una rúbrica).—*Velazquez de Leon*, (una rúbrica).—*Franco*, (una rúbrica).—Al margen.—Declarada del momento, fué aprobada, (una rúbrica).

Foja 2ª—El Congreso del Estado de México, &c.—Se concede á Alejandro de Hum-

boldt, Baron de este nombre y á Amado Bonpland, carta de ciudadanos del Estado.

El gobierno les extenderá las citadas cartas, y tomará las medidas necesarias para que lleguen á manos de los interesados.

Lo tendrá, &c.—Dado en la ciudad de Tlalpam, á veintiocho de Setiembre de mil ochocientos veintisiete.

Foja 3ª—Gobierno del Estado libre de México.—Tendrá su debido cumplimiento el decreto número 69, que previene se expidan cartas de ciudadanos del Estado á los Sres. Alejandro Humboldt, baron de este nombre, y á Amado Bonpland.

Lo digo á V. SS. en contestacion, para su gobierno.

Dios y libertad. Tlalpam, Setiembre veintinueve de mil ochocientos veintisiete. *Lorenzo de Zavala*, (una rúbrica).—Sres. diputados secretarios del Congreso del Estado.—Al margen.—Que se archive.—Octubre primero de mil ochocientos veintisiete.—(Una rúbrica).

NUMERO 3.

Decreto del Presidente Comonfort, disponiendo que en el Istmo de Tehuantepec se funden tres ciudades con los nombres de Colon, Iturbide y Humboldt.

El C. Ignacio Comonfort, Presidente de la República Mexicana, á los habitantes de ella, sabed:

Que en uso de las facultades que me concede el plan proclamado en Ayutla y reformado en Acapulco, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1º El ministerio de Fomento dictará las órdenes convenientes para que á la mayor brevedad se funden tres ciudades